

á veces daban dinero al populacho para que los maltratase.

Los monges católicos que componian el mayor número, no se alarmaron con estos insultos; pero perdieron de vista la profesion humilde y mortificada á que se habian consagrado. Sin considerar que el valor militar y el religioso se distinguen tan abiertamente como el morrion y el cilicio, pusieron su gloria, no en sufrir sino en repeler la violencia. Cerca del Jordan habitaba una colonia de monges tracios, que no obstante la mudanza del clima y la santidad de su profesion, conservaban el natural duro y áspero con la estatura y fuerza ordinaria á las gentes de su pais. Persuadiéronse que no podian usar mejor de estas cualidades naturales que defendiendo vigorosamente á los celosos de la sana doctrina, y marcharon divididos en destacamentos, haciendo consistir su religion los mas fervorosos en llegar los primeros. Al momento se dispuso todo para venir á las manos; mas los católicos, que no habian olvidado del todo el Evangelio y no querian ser los agresores, aguardaban con bastante tranquilidad en la hospedería de la laura mayor. Los enemigos, menos escrupulosos, los trataron de cobardes y corrieron en tropel á forzar aquel puesto abanzado. Ya rompian las rejas de las ventanas y arrojaban una nube de piedras á sus antagonistas, cuando uno de los monges tracios llamado Teodulo, perdiendo la paciencia y tomando una pala que le vino á la mano, salió contra los sitiadores con tal resolucion y espíritu, que él solo los dispó aunque eran cerca de trescientos. Asegurán que era tan valiente y dominador tan perfecto de si mismo, que tuvo la precaucion de no herir á ninguno. Mas no lo hicieron así sus enemigos, quienes le hirieron de tal modo con una pedrada que murió dentro de breves dias (1).

(1) *Vit. S. Sab. pag. 266.*

Los cismáticos preveian que tarde ó temprano llegarían á oídos de Justiniano estas violencias de que eran los autores, y así procuraron aprovecharse al menos de la distancia en que estaban de Constantinopla, y merced á la astucia y crédito de Teodoro de Capadocia, que era su protector, lograron ganar tiempo suficiente para pervertir la mayor parte de los monges. Murió en estas circunstancias el superior de la laura grande, y eligieron en su lugar á un origenista llamado Jorge, á quien pusieron en posesion á mano armada. Entonces san Juan el Silencioso, tan célebre por su amor al retiro y al recogimiento, no dudó abandonar su celdilla, en la que habia vivido como sepultado tan largo tiempo, y se retiró al monte Olive te ó de las Olivas, prefiriendo á cualquiera otra consideracion la seguridad de su fé y la edificacion pública. Su ejemplo tuvo muchos imitadores entre sus mas dignos compañeros.

Bien echaba de ver el obispo herege de Cesarea, que venciendo su partido por efectos de la violencia y de un manejo que procuraba ocultar al emperador, no podian ser duraderas las victorias. Atacó, pues, á este príncipe por su parte débil, esto es, por su propension á intervenir en los negocios de la Religion, proponiéndose convencerle á que hiciese condenar á Teodoro de Mopsuestia. Esta condenacion no solo le distraeria, sino que vengaba directamente á Origenes contra quien habia escrito mucho Teodoro, y al mismo tiempo se imaginaba dar el mas terrible golpe al Concilio de Calcedonia que él decia haber aprobado la conducta y escritos de Teodoro, á pesar de que aquel santo Concilio lo que hizo fué no condenarle. De este modo satisfacía á la vez todos sus malos designios, siendo á un mismo tiempo acéfalo y origenista. Y tanto mas se complacia en infamar la memoria de Teodoro Mopsuesteno, muerto mucho tiempo

antes, cuanto que esperaba volver contra los ortodoxos sus propias armas; esto es, el método que acababan de acreditar con la condenacion de Origenes, de no perdonar á los muertos. Dió á conocer sus intenciones en general á sus partidarios, y con mas estension á la emperatriz que era la gran protectora de los cismáticos, y entró á hablar al emperador á tiempo que este príncipe estaba mas ocupado que nunca en los medios de abatir á los acéfalos. «Señor, le dijo, nada es mas fácil que el disipar las preocupaciones de tantas gentes: lo que les disgusta en el Concilio de Calcedonia es el elogio de Teodoro Mopsuesteno, y el testimonio de catolicismo dado á la carta de Ibas que es enteramente nestoriana. Condenad á Teodoro y á esta carta, y no teniendo ya el Concilio cosa que los ofenda, le recibirán en todos sus puntos, y de este modo en poco tiempo V. M. puede restituir tantos dignos hijos á la Iglesia y adquirir para si mismo una gloria inmortal.»

El menos lince hubiera conocido el lazo que con esto se le tendia; pues se daba márgen á presumir que un Concilio ecuménico, declarado por el mismo emperador tan infalible como las divinas Escrituras, habia aprobado errores capitales. Pero ¿cuántas veces no se ve que las personas mas ilustradas en todas las demas materias caen en los errores mas crasos en punto de Religion? La presuncion, pues, de Justiniano le hizo juguete de Teodoro y de los acéfalos: sumiéronle en los escollos mas peligrosos; haciéndole representar el papel de árbitro de la fé y de los concilios, y moviéndole á publicar una condenacion dogmática contra los escritos que han logrado tanta celebracion con el nombre de los *Tres capítulos*. Tal es el título que se dió entonces á las obras de Teodoro, antiguo obispo de Mopsuestia, á las del famoso Teodoreto de Ciro contra los doce anatematismos de San Cirilo,

y á la carta de Ibas, obispo de Edesa, á un persa llamado Maris. Aconteció al pié de la letra cuanto Teodoro de Cesarea habia previsto. El emperador, una vez empeñado ya en este negocio, tuvo rubor de retroceder, y siguió siempre adelante con riesgo de confundirlo y trastornarlo todo. Dejése engañar groseramente, y olvidando á los acéfalos, á quienes únicamente profesaba odio, todo su afán era perseguir los tres capítulos, que sin disputa merecian la censura de la Iglesia, pero no eran los únicos que la merecian.

Apareció muy luego un extraño escrito compuesto por Teodoro y recomendado con el nombre del emperador (1), que á un mismo tiempo era una obra teológica y un rescripto imperial, una profesion de fé y un juicio dogmático, tan decisivo en los términos y tan absoluto en la sustancia como el de los Concilios. Prodigábase en él anatemas hasta contra personas muertas en paz en el gremio de la Iglesia, no obstante de que la potestad de pronunciar anatemas de esta naturaleza era todavia una cuestion muy delicada y hasta entonces reputada como indecisa. Sin embargo, se obligó á todos los obispos á firmar este escrito, y muchos tuvieron la debilidad de efectuarlo.

Hasta el mismo patriarca Menas tuvo la condescendencia de suscribir, despues de haberse opuesto al principio y de haber representado que esto era contravenir al santo Concilio. Esteban, legado del Papa en Constantinopla desde que Pelagio habia regresado á Roma, reprendió con viveza á este prelado, tanto menos disculpable, cuanto habia ofrecido con la mayor solemnidad obrar siempre de acuerdo con la Santa Sede. Contestó al legado que no habia suscrito sino bajo la promesa confirmada con jura-

(1) *Tom. 5 Concilior. pag. 312.*

mento de que se le devolvería su firma, y se tendría por nula si el obispo de Roma no le diese su aprobación (1); pero Esteban, con un gran número de prelados celosos, no dejó por eso de separarse de la comunión de este patriarca y de todos los que tuviesen comunicación con él mientras no hubiesen dado satisfacción.

Conoció el emperador que las dificultades y turbulencias se aumentarían cada vez más, mientras no decidiese el Sumo Pontífice. Escribió, pues, con instancia al Papa Vigilio que viniese á Constantinopla con el pretexto de que su presencia era necesaria para el interés capital de toda la Iglesia. Vigilio partió con tanto más gusto, cuanto intentaba por su parte mover al emperador á enviar socorros á Italia contra los godos que tornaban á restablecer su imperio en toda la provincia. Mas en vez de aplicarse como en otro tiempo á los cuidados de la guerra, á la conservación de las leyes y á los demás negocios que tenía á su cargo, principiaba Justiniano á representar un personaje vergonzoso y ridículo, empleándose solo en conferencias doctrinales y en vanas disputas de controversia y dialéctica; tanto que un tal Acacio que conspiró contra él hacia consistir en esta extravagancia su principal apoyo para tornarle despreciable á los ojos de los demás conjurados. «Siempre está, decía, sentado en un aposento hablando sobre lo que no entiende: en vez de oficiales y guardias, se le ve aun bien entrada la noche rodeado de viejos obispos, ojeando en los libros de la Religión por una curiosidad insaciable y perdiéndose en especulaciones quiméricas sobre el Ser divino.»

Hallábase el Papa todavía en el camino, cuando el príncipe le escribió exhortándole á conservar la paz con el Patriarca Mennas y con los obispos que habían seguido su

(1) Facund. lib. 4, cap. 3.

ejemplo (1). Al punto que llegó Vigilio, le instó de nuevo el emperador á que condenase los tres capítulos; y oponiéndose el Vicario de Jesucristo mostró Justiniano tanta violencia, que el Papa exclamó públicamente en una numerosa asamblea: «sabed, que teniendo á Vigilio prisionero no teneis á Simon Pedro, y que los temores de hombre no serán parte á que abandone los deberes de Pontífice.» Algun tiempo después publicó no obstante su primera decisión que se llamó *Judicatum*, ó su sentencia, que es una condenación de los tres capítulos sin perjuicio del Concilio de Calcedonia, y con la condición de que ninguno agitaría más estas cuestiones ni de viva voz ni por escrito.

Este decreto desagradó á los dos partidos; á los enemigos de los tres capítulos ó acéfalos, por el homenaje que tributaba al Concilio de Calcedonia; y á los defensores de los capítulos, incluso los que sin aprobar la doctrina juzgaban simplemente su condenación como peligrosa en tales circunstancias. Rumores muy poco ventajosos sobre esta primera declaración de Vigilio circularon entre los obispos de la Iliria, del Africa y aun en las iglesias de las Galias, á donde dos diáconos de su comitiva y de sus más íntimos confidentes escribieron contra él. El Pontífice, alarmado con estas noticias que llegaron á sus oídos durante el tiempo que se le obligó á estar en Constantinopla, propuso al emperador que congregase los obispos de todas las provincias, á lo menos cinco ó seis de cada una, para fallar de comun consentimiento un negocio que se había hecho tan interesante, y tanto más cuanto que el peligroso obispo de Cesarea no se mostraba todavía satisfecho. «No podré resolverme yo, dijo Vigi-

(1) Fac. ib.; Vigil. P. Epist. ad legat. tom. 5 Concilior. pag. 497.

lio al príncipe, á decir por mí solo lo que según las preocupaciones de muchos parece opuesto á la autoridad del Santo Concilio de Calcedonia y escandaliza en extremo á los débiles.» Justiniano le ofreció que sin atención alguna á lo hecho hasta entonces, se examinaría en un Concilio con toda imparcialidad, y se convocaría en particular á los prelados que se creían más ofendidos de lo que había acontecido; sobre todo, que hasta la decisión del Concilio ninguno intentaría cosa alguna acerca de los tres capítulos. Fueron testigos de esta convención entre las personas augustas del Papa y del emperador las personas más respetables de los dos partidos, los grandes de la corte y el Senado pleno; pero no por esto fué mejor observada.

A pesar de lo acordado con tanta solemnidad, se comenzó inmediatamente á exigir del Papa que condenase los tres capítulos con los obispos de la Grecia, si los demás no querían hacer nada sobre esto. Vigilio lo rehusó, y Teodoro de Cesarea hizo publicar de nuevo el famoso edicto formado anteriormente así por él como por el emperador; llegando á tanto su audacia, que le hizo fijar públicamente en la casa de placidia donde el Papa estaba hospedado. Cometió otros muchos excesos contrarios igualmente á la convención acordada y al orden gerárquico. No quiso ya entonces Vigilio comunicar con este faccioso novador, ni aun hablarle de lo que concibió Justiniano tanta indignación, que el Papa se vió reducido á buscar un asilo en la iglesia de San Pedro. Para sacarlo de allí á la fuerza enviaron la tropa destinada por oficio á perseguir á los matheohores. Los satélites penetraron en el lugar santo con la espada desnuda, el arco tirante, á cuyo aspecto el Papa se ocultó bajo el altar, y con los brazos y las piernas se abrazó á las columnas que sostenían la mesa. A los diáconos

y á los demás eclesiásticos de la comitiva del Pontífice que cercaban el altar y le servían como de barrera, los alejaron de allí los soldados cogiéndolos por los cabellos. Pretendieron luego sacar al mismo Pontífice tirándole por los pies, por los cabellos y por la barba; pero como se oponía con todas sus fuerzas, y era hombre alto y robusto, se rompieron algunas columnas sin hacerle ceder. El pueblo que concurrió á este extraño espectáculo, y aun algunos de los mismos soldados, indignados de la violencia de los otros, comenzaron entonces á dar gritos semejantes á un comienzo de sedición (1).

El oficial que mandaba aquella tropa creyó que lo mejor que podía hacer era buscar su seguridad en la fuga. Quedó horrorizada la corte misma, y siguieron con violencia las negociaciones, sin que las promesas y juramentos que hicieron al fin lograron volver á su tranquilidad ordinaria. No dejó de causarle alguna inquietud el salir de su asilo; mas le pareció que arriesgaba más en hacer por su voluntad lo que quería que al tardar más temprano podía obligarle a hacer por fuerza la potestad soberana. Cuantas palabras le acordadas fueron cumplidas del modo que acostumbraban aquellos griegos; de suerte que llegó la indignación hasta maltratar al Papa en su persona, y aun más indignamente á los obispos de su partido. Pero cuanto más se quejaba y reclamaba la fé de los juramentos, tanto más crecían los malos tratamientos. Por último, advirtió que se guardaban todas las entradas y salidas del palacio donde estaba alojado, y esto con tan poco miramiento, que desde su cuarto se oían las voces de los soldados. Viendo que las cosas habían llegado á este extremo, logró burlar la vigilancia durante la noche;

(1) Theophan. an. 20, pag. 492.

saltó la muralla, y en los mas grandes rigores del invierno, dos dias antes de Navidad, con inmensos trabajos y no menos peligros, huyó de Constantinopla. Atravesando entonces el Bósforo se refugió en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, donde se habia celebrado el Concilio que él defendia contra los acéfalos.

Justiniano intentó obligarle de nuevo á regresar, y le envió una diputacion de los señores mas distinguidos de la corte con el famoso Belisario á su cabeza. El Papa contestó resueltamente que no saldría de Santa Eufemia á no ser que la causa de la Iglesia se terminase como convenia; que no tenían que hacerle juramentos tantas veces violados; que sin estas insuficientes garantías tornaría á Constantinopla luego que volviesen las cosas al orden natural, y se removiese el escándalo que desolaba el rebaño de Jesucristo. Despues hizo ver con un tono patético todos los males acaecidos desde que el emperador, usurpando los derechos del sacerdocio por las sugerencias de un obispo cismático, habia publicado su edicto doctrinal sobre los tres capitulos; y al acabar su discurso dijo á los diputados: «Ministros ilustres y piadosos, yo os conjuro por el terrible juicio del Rey eterno, que corrais y digais de mi parte al que solo es soberano por algunos momentos: «reo os haceis de un enorme delito, si depositais vuestra confianza en los enemigos declarados de la Iglesia, y principalmente en Teodoro de Cesarea.» Estas palabras, pronunciadas con vehemencia, produjeron el efecto que era de esperar; pues se dió satisfaccion á Vigilio acerca de Teodoro y de sus partidarios; se le envió una confesion de fé, en la que para conservar la unidad eclesiástica, decian ellos, admitian los cuatro Concilios generales de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y ofrecian seguir invariablemente todo cuanto estos Concilios

habian decidido con el consentimiento de los legados de la Santa Sede, por cuyo medio los Papas habian presidido en ellos; palabras que prueban del modo mas notable que los Papas presidieron en efecto por sus representantes en todos los Concilios generales, y que los orientales no abrigaban la menor duda acerca de esto.

Mennas de Constantinopla remitió tambien la misma profesion de fé, y esta es la última accion suya de que nos queda noticia, pues falleció de allí á poco. Así reparó plenamente el escándalo de sus conexiones con unos cismáticos artificiosos que, aunque se esplicaban como él, pensaban de muy distinto modo. Unia á las grandes virtudes una intencion recta y un amor verdadero á la Iglesia, que le cuenta en el número de los Santos.

Aconteció en su tiempo un milagro muy célebre y muy bien atestiguado para que le pasemos en silencio. Acostumbrábase en Constantinopla desde muy antiguo, y así se hizo por lo menos hasta el siglo decimocuarto, mandar venir á los niños inocentes de las escuelas menores á consumir las particulas del cuerpo de Jesucristo que quedaban despues de la comunión de los adultos. Vino un dia con estos niños el de un judío vidriero de profesion, y como regresase á la casa paterna mas tarde de lo que acostumbraba, le preguntaron sus padres el motivo y él les refirió ingenuamente lo que habia pasado. Enfurecido el padre ató á su hijo, y esperando el instante en que la madre se ausentase, le arrojó al horno (1). Desolada la madre buscó á su hijo por toda la ciudad; y trascurridos tres dias y desesperada por no saber de él, se entregó al exceso de su dolor y corrió por toda la casa como fuera de sí, llamando con grandes gritos al hijo por su nombre. Des-

(1) Evagr. lib. 4, hist. cap. 20.

de la puerta de la vidriería, oyó que respondia desde lo interior del horno. Suministrándola fuerzas su ternura derribó la puerta, y le vió de pié sano y salvo en medio de las llamas. Preguntóle cómo se habia salvado, y él contestó que una muger vestida de púrpura vertia muchas veces agua al reledor de él apagando el fuego, y le daba de comer cuando tenia hambre. Convirtiése la madre, y el emperador habiéndola hecho bautizar con su hijo, puso á los dos entre el clero: al niño entre los lectores, y á la madre entre las diaconisas. El padre que persistió en su ceguera, fué empalado como parricida.

El santo patriarca Mennas tuvo un digno sucesor en San Eutiquio. Era nieto de un obispo que le educó con toda la piedad conveniente á lo santo de su estado. A los doce años de edad le envió á estudiar á la capital donde quiso abrazar la vida monástica; mas el obispo de Amasea, creyéndole á propósito para ser en lo futuro un digno pastor, quiso fijarse en cierto modo en esta carrera, haciéndole primero lector, despues diácono, observando los intersticios de los cánones, y finalmente presbitero á los treinta años. Permitted despues entrar en un monasterio muy observante de su diócesis, donde el mérito de Eutiquio le elevó en breve á ser su superior. Desde allí, estando enfermo el obispo, le enviaron á Constantinopla para que le sustituyese en el Concilio general. Hospedóse el ilustre diputado (porque era de distinguido nacimiento) en el palacio del patriarca Mennas, quien vaticinó á su clero que este monge seria su sucesor. Eutiquio era muy sábio, y en la cuestion entonces tan oscura sobre la potestad de condenar á los muertos, sostenia la afirmativa, y la defendió con solidez en una conferencia á que concurrió el emperador (1). Nada po-

(1) Evagr. lib. 4, c. 27.

dia ser mas grato á este príncipe; y asiendo muerto pocos dias despues el patriarca Mennas, inclinó Justiniano al senado y al clero á que eligiesen á Eutiquio, que de este modo subió á ser patriarca de Constantinopla á los cuarenta años.

Al punto el nuevo obispo entregó al Papa su profesion de fé, no menos ortodoxa que la de Mennas. Los obispos de Alejandria, Antioquia y Tesalónica con todos los demas que aun faltaban á hacer su declaracion de fé á Vigilio desde el principio de las disputas, aprovecharon esta ocasion para verificarlo adoptando la declaracion del nuevo patriarca. Abandonando entonces el Papa su retiro de Calcedonia, en vista de la seguridad que se le daba con una buena profesion de fé, dió sin dificultad su aprobacion á esta y se conformaron todos amigablemente en reunirse para decidir la cuestion de los tres capitulos.

Vigilio exigió que se reuniese el Concilio en Italia, ó á lo menos en un lugar mas inmediato al Occidente que Constantinopla, y á donde los occidentales no pudiesen tener causa para negarse á asistir. No se conformaba esta proposicion con la impaciencia de Justiniano. Pidió luego el Pontífice, que á lo menos se hiciese venir á los obispos de Italia y del Africa, pues era muy temible que celebrándose el Concilio sin estos prelados, que eran los que tomaban mayor interés en las cuestiones agitadas, seria para ellos muy sospechosa la decision. Muy razonable pareció al emperador esta segunda propuesta, y dió su consentimiento con la condicion de que los obispos italianos y africanos no fuesen en mayor número que los orientales en las conferencias. Tal era el estado de las cosas, segun la version de un antiguo manuscrito del Vaticano, y ya el Papa se empleaba en la convocacion, cuando el emperador cada vez mas inquieto y mas impaciente quiso que se es-